

la preocupacion contra la sabiduría. Aristófano, vil adulador de las necedades y de las supersticiones acogidas por la ignorancia del vulgo, suscitaba á la vez la risa y la cólera del pueblo contra el mas sabio de los atenienses: la risa acusaba á Sócrates de querer elevar mas alto que las cabezas de la multitud; la cólera le acusaba de querer buscar en el cielo un dios mas inmaterial, que los dioses vivientes que ella se habia forjado con sus mas abyectas crueldades. Aristófano fué con su conducta el primer asesino de Sócrates. Este Camilo Desmoulins de Atenas, entregando al sabio al ridículo, le entregaba de antemano al verdugo. Cuando se quiere sacrificar una víctima, se comienza siempre por despojarla de su respeto. La rabia del pueblo comienza frecuentemente por las risas de los demagogos.

X.

Sin embargo, la filosofía no fué el verdadero crimen de Sócrates, sino la política. Se le acusó de impiedad hacia los dioses del país para disfrazar, bajo un pretexto sagrado, el odio que se le tenia por distintas razones.

Dos partidos dividian perpétuamente la república de Atenas: los amigos de una sabia libertad, que tenian por limite y garantía de las leyes justas, y por ciudadanos los mas ilustrados y los mas virtuosos de la república, componian el primero de estos partidos; los anarquistas, los demagogos, los aduladores de la muchedumbre, componian el segundo; este último era el partido que destruía incesantemente á Atenas. Sócrates le aborrecía, y no disfrazaba su desprecio hacia una demagogia ignorante y turbulenta, ni su indignación contra los corruptores de la república. Decía en alta voz que la cabeza debia gobernar los miembros en el Estado como en el cuerpo humano; que la instruccion, la moralidad, la virtud, eran condiciones indispensables á la admision de los ciudadanos en las asambleas públicas y en las magistraturas de la república; que sacar los magistrados á la suerte, era entregar la república á la casualidad; que era menester elegirlos con discernimiento, y despues de las pruebas, prendas de su probidad cívica y de su capacidad. En una palabra, era partidario del sufragio popular en el nombramiento de los hombres investidos con el carácter de funcionarios públicos. Quería, no la aristocracia ciega del rango ó de la riqueza, sino la aristocracia divina y personal de la inteligencia y de la virtud.

Estas opiniones, aunque tan sabias, eran en este momento, tanto mas sospechosas en Atenas, cuanto que la república acababa de romper el yugo de los treinta tiranos, y porque pedir condiciones de superioridad y de ór-

den á un pueblo embriagado con la libertad reconquistada, era casi, á los ojos de los demagogos, aparecer, como que echaban de menos la tiranía. Sócrates habia sostenido sus opiniones aun existiendo el anterior gobierno, y ahora, que estaba destruido, llegó á ser tan odioso para los agitadores del populacho de Atenas, cuanto temible habia habido para los tiranos. Sufria la suerte de todos los hombres justos en todos los siglos, proscriptos por los dos excesos, porque su conciencia le prohibia tomar parte en las injusticias. Buscábase un medio para perder á este hombre, cuya moderacion ofuscaba por entonces la popularidad de los demagogos, como habia ofendido poco antes la prepotencia de los tiranos.

XI.

Un tal Anito, rico ciudadano de Atenas, que habia ayudado á la caída de la tiranía, y que por este medio se habia conquistado el favor del pueblo, se esforzaba cobardemente en conservar este favor por medio de las mas viles condescendencias, acogiendo todos los caprichos y todas las preocupaciones de la multitud. La muchedumbre es dada á las supersticiones, porque son el servilismo del entendimiento y las santidades de la ignorancia. Anito y sus amigos resolvieron acusar á Sócrates de blasfemo contra los ídolos, aquellas divinidades de la multitud. Un poeta infame, llamado Melito, en otro tiempo discípulo de Sócrates, á la sazón enemigo suyo, por esa baja envidia que no perdona la gloria porque ellos no pueden alcanzarla, se encargó de la acusacion de impiedad contra su antiguo maestro.

Melito era uno de aquellos hombres que santificaban su odio á los ojos del pueblo, atribuyéndole á un celo devorador por la causa de los dioses. Imprimian hábilmente de este modo á su pasión el carácter divino de su causa; colocaban sus venganzas personales en el rango de las cosas santas. Calumniaban, ultrajaban, denunciaban y castigaban á sus enemigos en nombre del cielo. Los supersticiosos de buena fé, los admiraban y consideraban la persecucion como un acto de piedad.

Este era Melito en Atenas. Habia escrito malos libros, pero se habia constituido en vengador del antiguo culto; tenia clientes en el cielo; el pueblo no osaba ya despreciarle, temiendo que despreciaban en él á los dioses.

XII.

Este jóven acusó á Sócrates, delante de los magistrados, como propagador de creencias.

de divinidades estrañas y nuevas en el ánimo de la juventud. La filosofía era sospechosa para el pueblo, porque esparcía luz acerca de los misterios, y porque la luz sola es un atentado contra las tinieblas. Sócrates no quiso defenderse, sin duda porque le hubiera sido necesario mentir. Jamás habia cometido otra impiedad que pensar, y aunque sus pensamientos se elevasen mas allá de los miserables símbolos que entonces adoraba la Grecia, nunca habia insultado al culto de sus conciudadanos, pensando que la adoracion de la divinidad era una cosa tan santa en sí misma, que no habia necesidad de contristarla aun cuando se equivocase de dios. Hasta respetó la condescendencia por el culto legal de su patria, cosa estraña en un filósofo, siguiendo (dice Jenofonte) todos los ritos de la religion popular, y ofreciendo sacrificios á los dioses del Olimpo en el interior de su casa y en los templos. Encontró su conciencia mas entera y mas incorruptible delante de los jueces.

«Si me declarais absuelto, les dijo, á con-
dicion de que deje de filosofar, os responderé
sin vacilar: ¡Atenienses! Os honro y os amo,
pero obedeceré antes á Dios que á vosotros!»

XIII.

Los jueces, en número de quinientos cincuenta y seis se dividieron en dos opiniones. Sócrates fué condenado por la mayoría de tres votos por el partido de los demagogos, unido al partido de los fanáticos. La ley de Atenas, en semejante caso, autorizaba al condenado á rescatar su vida por un destierro ó por una multa, la cual tenia que imponerse él mismo reconociéndose culpable. Sócrates se chanceó con la vida y con la muerte. «Atenienses, dijo, con aquella ironía ligera, pero amarga, que constituía la fuerza, pero también el vicio de sus discursos (pues la ironía hiere convenciendo). «¡Atenienses! por haber consagrado mi vida entera al servicio y á la moralizacion de mi patria, me condeno yo mismo á ser alimentado durante el resto de mi vida en el Pritáneo, á espensas de la república.»

Los jueces, que se vieron de tal modo provocados, dictaron la sentencia de muerte por una gran mayoría. «Eso no es un mal, dijo Sócrates despues de haber oido su sentencia; no existe ningun mal para el hombre religioso; ni durante su vida, ni despues de su muerte. Dios no le abandona jamás. Mi muerte es su voluntad. Yo no tengo ningun resentimiento contra este pueblo ni contra estos jueces. Ellos van á vivir y yo voy á morir; solo Dios sabe cual es la mejor suerte, la suya ó la mía.»

XIV.

La sentencia dictaba que bebiese la cicuta, brebaje emponzoñado que daba la muerte bajo la forma del sueño. La ley prohibía dar muerte á ningun condenado hasta el regreso de una galera que los atenienses enviaban todos los años á la isla de Delos, portadora de tributos al templo de Apolo Delieno. Sócrates pasó estos dias conversando con sus amigos. Vamos á dar ahora el último de estos dias, y la última de aquellas conversaciones conservadas por Platon, en el diálogo del cual en otro tiempo hicimos un poema.

LA MUERTE DE SÓCRATES.

POEMA FILOSOFICO.

Ved á Febo, radioso, iluminante
Del Himeto elevándose á las cimas;
Y alumbrando del templo de Teseo
La fachada; y de su luz furtiva,
Ademas de las lóbregas prisiones,
Del Partenon los muros participan.
Mirábase bogar hacia el Pireo
Una popa dorada, do se oian
Del náutico los himnos sacrosantos,
Que el viento con las olas repetía.
Era el bagel, cuyo fatal regreso,
El término señala de las victimas;
Pero justa la ley, sabia y severa...
Indulgentes tambien, no permitia
Mientras el claro sol luciese en Jonai,
Despojar á ninguno de la vida,
Temerosa tal vez, de que los rayos
Que á las almas vivientes se destinan,
No fueran profanados ciegamente
Por ojos que aunque abiertos nada miran
O acaso, de que el pobre moribundo
Al dar su último adios, en su agonía,
Tuviera que llorar la luz celeste
Que alumbró la carrera de su vida.
Y por eso sin duda, el desterrado
Al salir del hogar en que vivía,
Compañero de lóbregas tinieblas,
Parte veloz de la natal campiña,
Porque no le sorprenda en su camino
La hermosa luz del rutilante día.

Los amigos del triste prisionero
Recorriendo con alma condolidada

Del pórtico los lúgubres recintos,
Solo esperan ansiosos que la víctima
Despierte; y su desventurada esposa,
Sosteniendo en sus débiles rodillas
Al tierno infante, que inocente juega
Con los férreos cerrojos, clama, grita,
Y acusa de los duros carceleros
La lentitud horrible y maldecida;
Y apoya en el marfil de la ancha puerta,
Desolada, su frente alabastrina.
Al grito aterrador de sus lamentos,
La multitud que el caso no sabia,
El motivo pregunta de aquel llanto....
Y prosigue su marcha interrumpida.
Pero en grupos informes derramada,
Estos vanos murmullos recogia;
Hablábase de altares destruidos,
De los dioses que al jóven corrompian,
De un nuevo culto, y de aquel Dios sin nombre,
Tan opuesto de Grecia á las doctrinas.
¿Era algún insensato? ¿Un nuevo Orestes
Cegado por los dioses? ¿Quién seria?
De la verdad preclaro mensajero,
Proclamador sublime de otra vida...
¡Era Sócrates! ¡Tú, que entre cadenas
Sucumbes defensor de la justicia!!

De la prision al fin crujen los goznes,
Y en ella la amistad entró sumisa;
Mas Sócrates, lanzando una mirada
Sobre el mar con su ola embravecida,
Señala con el dedo aquella nao
Que á Delos magestuosa se encamina:
«Mirad ese bagel, que surca el agua,
Es la nave sagrada... ¡La teorjal...
Emblema de la muerte!... Pues doblemos
Ante su vela, dice, la rodilla
Y si rápida boga, no me aterra;
Una celeste luz me pronostica,
Que aunque busca veloz seguro puerto,
A la par llegaremos á la orilla...
Pero hablad, mis amigos, y alegremos
La triste faz de mi supremo día,
Los restos del festin aprovechando
Usemos de las gracias concedidas
Por los dioses al hombre, y que la nave,
Que ya de su penosa travesía
Vé el término feliz, no se amedrente,
Al mirar la risueña perspectiva,
Que presenta del puerto la ribera.
De flores coronada, enaltecida,
En el puerto penetre, y entonando
Himnos de paz que la ventura inspira,

«Los poetas han dicho—yo lo niego,
Que el cisne al espirar, llora y se agita
En armónicos sonos melodiosos.
No es así como espresa su agonía,
De otro instinto sublime está dotado...
Del Eurotas risueño en que vivía

» Ya cercana á dejar la ancha ribera,
» El alma, de este cuerpo fugitiva,
» Paso á paso camina á un mundo nuevo
» Encantado y supremo en las delicias;
» La eternidad se muestra ante sus ojos,
» Y en éxtasis feliz queda sumida,
» Pero exhala al morir, sobre la tierra
» Su destino fatal ó su alegría.
» Vosotros, que á los pies de mi sepulcro
» Vinisteis á escucharme en la partida,
» Yo soy cisne también, y pues que muero,
» Cantar puedo á mi vez mis melodías.»

Prorumpiendo en lamentos sus amigos,
Solicitos le cercan y le admiran:
» Pues que vas á morir, le dicen todos,
» De la inmortalidad dinos la dicha;
» De esa dulce esperanza que á los hombres,
» Endulza el porvenir y le ameniza.
» —Yo lo quiero también, responde el sabio
» Mas huyan las mugeres compasivas,
» Porque no debiliten sus sollozos
» De las almas la férvida energía.
» ¡Desdeñar los terrores de la tumba,
» Es la ley del mortal que ufano aspira
» Penetrar con firmeza en ese mundo
» Donde reinan la paz y la justicia!

«Vosotros lo sabeis, desde la infancia,
» Una impresion sentí desconocida,
» Un genio poderoso que me infunde
» La ley de la eternal sabiduría.
» Yo del mundo futuro ví las leyes...
» ¿Era de un dios tal vez la voz amiga?
» De la amistad la sombra que en secreto
» Me concede sus plácidas caricias?
» ¿Es la sublime musa del poeta?
» Del porvenir la voz dulce y benigna?
» Ignoro lo que fué, pero aquel eco
» Me presenta la imagen de otra vida,
» Y á la vez que me alienta y me consuela,
» Al término del mundo me aproxima.
» Su celestual palabra reconozco,
» Tal vez porque la mente mas tranquila,
» Libre ya del tropel de las ideas
» Los acentos del bien mejor perciba,
» Ya que cual ave el invisible genio,
» Redoble con la tarde su armonía,
» O que olvidando el fin de su jornada,
» Del porvenir el alma suspendida
» En la márgen, tal vez mejor conozca
» El sonido que parte de otra vía;
» Como el naufrago errante, que en la noche,
» Mientras mas con la playa se avecina,
» Mas sonoros distingue los acentos
» Del puerto salvador que no divisa.
» Este genio invisible, no me deja,
» Su acento misterioso en mi se fija;
» Y mi voz con su voz es quien os habla....
» Amigos, escuchad su voz divina!....»

Con dignidad sublime alza la frente;
Serenó á sus amigos les suplica
Que le escuchen atentos y sentados;
Y al momento la muda comitiva
Obedece su mando respetosa.
Sus ojos cubre con el manto Simias;
Pensativo Criton pregunta al cielo;
La frente Cebes á la tierra inclina;
Y Anaxágoras menos afectado,
Sardónico se armó de una sonrisa,
Que al filósofo Sócrates revela,
Que á la virtud la muerte no intimida.
Y la espalda apoyando el cancerbero
En la ferrada puerta que vigila,
Cruzándose de brazos murmuraba,
La duda y la piedad sintiendo unidas:
«De qué le sirve la virtud al hombre?»
Pero al trance Fedon no se resigna;
Sintiendo mas que al sabio al caro amigo,
El bello rostro esconde en su espacida,
Reluciente y flotante cabellera....
A los pies de la cama se arrodilla;
De lágrimas sus ojos anegados,
Al amigo y maestro ansioso mira.
De su llanto Fedon se avergonzaba,
Y Sócrates el suyo reprimía.

No se alteran del sabio las facciones
Ni al terrestre dolor la frente humilla;
El porvenir penetra su mirada;
En su boca descansa la sonrisa,
Y parece escuchar atentamente
Al invisible amigo que le inspira
Por el soplo de otoño su melena,
Ligera y ondulante se mecía,
Dibujando una palida corona,
Por la virtud al sabio concedida.
Y en su frente, del alma fiel traslado,
Su grande pensamiento se divisa,
Cual la luz moribunda de una antorcha
Que al través del marfil su fuego agita,
Ocultando su débil existencia
Con los reflejos que su ser anima.
Como en la mar sobre el bagel que parte
El hombre observador clava la vista,
En la solemne frente del maestro
Clavan la suya y con pavor le miran
Sus amigos también. Le contemplaban
Por la última vez, ¡ay! recogían
Del sentenciado el postrimer acento!
Cual la ola espumante se abre altiva
Al soplo del Eolo, tal impacientes
Esperan de virtud la voz amiga.
La santa inspiracion bajó del cielo,
Y el inspirado sabio esto decia:

«Y vosotros llorais, amigos míos?
» ¡Llorais, cuando mi alma se desliza,
» Se desprende del peso de su cuerpo
» Y asciende á la región desconocida

» Semejante al incienso perfumado
» Que inflama nuestra fiel sacerdotisa?
» ¿Cuando el alma volando hácia los dioses
» Benévola saluda el puro día
» Y á buscar la verdad.... á conocerla,
» En sus santos trasportes se encamina?
» Para morir tan solo hemos nacido.
» ¿No he querido sufrir por la justicia?
» ¿Por qué en lucha perpétua siempre estuve,
» —En esta muerte que se llama vida—
» Contra el crudo raudal de mis instintos?
» Sin la muerte, tal vez, prenda mezquina
» Nos fuera la virtud. Es la corona,
» El premio del combate, que adjudica
» El Soberano Juez que nos espera;
» Del Dios que á sí nos llama la voz misma.
» Bendigámosle todos ¡Ya la escucho!
» ¿Disputaré yo el resto de mis días
» Haciendo repetir la órden celeste?
» Los dioses, por mi mal, nunca permitan
» El curso prolongar de mi jornada,
» Que mi frente á su voz verán sumisa.
» Vosotros, si me amais, como en festejo
» Coronad vuestras sienas con la oliva;
» Suspended una ofrenda en las paredes
» De esta oscura prision. Mi frente ciña
» Feston hermoso de lozanas flores,
» Y cual la multitud gozosa guía
» Hácia el techo nupcial al desposado,
» A la muerte llevad mi pobre vida!

» Morir es desatar el nudo infame,
» El adúltero lazo que esclaviza
» Al alma con la tierra; de un vil peso
» Descargarse en la tumba, siempre amiga;
» Morir es cambiar, nadie lo dude....
» El hombre mientras vive, se encamina
» A la verdad con paso vacilante;
» La vil necesidad nunca le anima,
» Y siguiendo la senda tortuosa
» De lo justo la huella no divisa.
» Pero el que toca el término anhelado,
» Ve de aurora eternal la faz propicia,
» Y como luz de moribunda tarde
» Entre el celage límpido escondida,
» Desterrado del seno de la tierra
» Del de los dioses ya toca la cima;
» El nectar delicioso le embriaga,
» Y al espirar comienzo da á la vida.

— Mas morir es sufrir, le interrumpieron,
» Y sufrir es un mal.—¿Quién lo atestigua?
» Aunque el fatal instante consagrado
» Por la sangre que el hombre sacrifica
» Transitorio suplicio al cuerpo sea,
» ¿No es el mal el origen de la dicha?
» De invierno nace el caloroso estío,
» De noche oscura el reluciente día;
» El mismo Dios anuda esta cadena,
» Sufriendo, al mundo abrimos las pupilas:

- » Y esta muerte feliz que nos sorprende,
- » Por espíritus débiles temida,
- » No es más que un sufrimiento pasajero,
- » De la gloria inmortal, nuncio y divisa.

«¿De la muerte el abismo, quién sondea,
 » Ni quién de lo futuro pronostica?
 » En los sublimes labios de la muerte
 » Su dedo ha pnesto la deidad divina.
 » ¿Quién acierta, si el alma entre sus brazos
 » La colma de ventura ó la castiga?
 » Nada os puedo decir, porque aun respiro;
 » Pero mi osada mente predestina,
 » En esta oscuridad un gran misterio.....
 » En la muerte, tal vez yace escondida
 » Del goce la expansión voluptuosa,
 » —Que indulgentes los dioses nos envían,—
 » Cual se oculta el placer de los amores
 » Entre el dolor que el corazón destila.
 » Muy pronto lo sabré,» dijo entretanto
 » Que el incrédulo Cebes sonreía.

«Ni la primer salutación del hombre,
 » A la luz esplendente y purpurina;
 » Ni de la copa el fugitivo aroma,
 » Ni el amoroso acento de la lira,
 » Ni del errante beso el dulce halago,
 » En medio de la noche denegrida,
 » Se pueden comparar con el deleite,
 » Con que la muerte á la virtud le brinda,
 » Cuando el hombre sacude el duro peso,
 » Que al mundo terrenal nos esclaviza,
 » Y en tanto que en la tierra sus amigos,
 » Indolentes recogen sus cenizas,
 » Sin dar su último adiós huye á los cielos,
 » Y delante de Dios todo lo olvida!...»

El filósofo corta su discurso,
 Y Cebes animoso así se espresa:
 «No es mi intento ofender á la esperanza,
 » Divinidad que como amor nos lleva
 » Con la vista vendada al claro dial
 » Pero ya, caro amigo, que te alejas
 » Y que oí tus palabras sacrosantas,
 » Sin que adigirte mi amistad pretenda,
 » Permite que responda, que interrogue,
 » Para saber lo que mi afán desea.»
 Con dulzura inclinó su frente el sabio,
 Y Cebes prosiguió de esta manera.

«Mas allá de la tumba.
 » Debe el alma vivir, tú nos has dicho.

» Si en nosotros el alma es luz divina,
 » Tan solo de una antorcha procedente,
 » Si se estingue la llama,
 » ¿Qué será de la luz á quien sustenta?
 » La claridad, la antorcha se destruyen,
 » Y todo vuelve á entrar en noche oscura.
 » Si el alma es al sentido, cual la lira,
 » Concierto placentero,
 » Que nuestra mano saca de sus sonos;
 » Si la espirante cuerda ya se ha roto,
 » ¿El divino concierto dónde existe?
 » ¿Sucumbe con la lira?
 » ¿El alma con el cuerpo?...»
 Con la frente inclinada hácia la tierra,
 Pensativos los sabios meditaban
 Por dar una respuesta; pero en vano
 La buscan con afán; sordos murmullos
 En la prisión tan solo resonaron.
 «La armonía do está sin que haya lira?
 Y Sócrates al genio consultaba.

En su barba Fedon puso una mano,
 Por la frente la otra paseaba,
 Y su rubia y errante cabellera
 De paso acariciaba;
 De sus largos ramales,
 Uno despues separa con el dedo,
 Y en flexibles anillos desiguales,
 Que hasta el suelo pendían,
 Se miraron flotar sus muelles ondas,
 O en sus dedos rodar sus trenzas blondas,
 Y cual divino anciano,
 Que mezcla con la copa del banquete
 Su gran sabiduría,
 Jugando, de este modo respondía.

«No es, amigos, el alma luz incierta,
 » Cuya antorcha aquí abajo nos alumbrá;
 » Es el ojo inmortal, que siempre alerta
 » Mira este débil día
 » Crecer, bajar, nacer, á un tiempo mismo;
 » Y que fuera de sí, ve en su partida
 » Eclipsarse esta antorcha de la vida.
 » Como el ojo mortal en la tiniebla
 » Conserva su mirada
 » Sin que le ciegue la torpida niebla.

» Ni el alma á los sentidos
 » Será lo que á la lira
 » El sublime concierto armonioso;
 » Es el dedo divino y poderoso
 » Quien sus cuerdas agita;
 » El oído la escucha atentamente,
 » Ora cante, ora gima en son doliente;
 » El invisible genio,
 » Que juzga y encadená la armonía.
 » No importa si el sonido se evapora;
 » Sobre sus mudos restos todavía

- » Atento el odio escucha.
- » ¿Te has convencido, Cebes? ¿Qué respondes.
- » —Doy crédito á tu eterna despedida.
- » ¡Sócrates inmortal, yo te venero!
- » —Pues hablar de los dioses ahora quiero.»

Elevábase el sol en las montañas,
 Y las olas dorando y las campiñas,
 Dando un solemne adiós al ancho mundo,
 En el seno de Dios se sumergía.
 Del Taygeto descenden los rebaños,
 La sombra en el Himeto ya dormita;
 Sobre la mar el Citeron navega;
 En las ondas errantes todavía,
 Desplegan pescadores matutinos
 Las velas de sus frágiles barquillas,
 El eco de los cantos populares,
 Los bosques y los mares repedian,
 Que envuelto en los suspiros de los vicintos,
 Con el lamento fúnebre se anida.
 Tal se confunde el rayo de la tarde
 Con las tinieblas de la noche fria

» Llegó la hora del baño, amigos míos,
 » En vasos de marfil verted el agua,
 » Que ofrecer á los dioses solicito
 » Una víctima pura. » Estas palabras
 Pronunció sumergiéndose en la urna...
 Tres veces nada mas, su frente baña,
 Y su pecho también otras tres veces,
 Y enjugándose luego con gran calma,
 Perfumó su cabello, y preparóse
 A proseguir su arenga comenzada.

«¡Ay! por seguir sus huellas,
 » Olvidamos del dios la esencia pura,
 » De las Gracias jamás seré blasfemo;
 » Ni de Hebes, ni de Amor, ni de Saturno,
 » Ni de Venus tampoco que encadena
 » Con simpático lazo la natura;
 » Y de Júpiter menos,
 » Ni de todos los dioses que residen
 » En el cielo, la tierra y en el aire.
 » Estos seres que pueblan el Olimpo,
 » Son la imagen de Dios divinizada,
 » Las letras de su nombre
 » So la natura escrito,
 » Una sombra que Dios lanza del cielo,
 » Al espíritu humano.
 » Y por eso mi mente los acata,
 » Como al sol le acatamos en la aurora.
 » ¿Quién sabe si estos dioses inventados,
 » Este infierno, este cielo,
 » Que la lira celebra,
 » Del genio son visiones;
 » Pero brillantes grados
 » De la escala infinita,
 » Que de todos los seres de la tierra
 » Une y separa los diversos astros?
 » En la inmensa estension del ancho mundo;

» En todo lo que muda,
 » ¿Quién sabe si tal vez se esparce un alma?
 » ¿Si estos astros que ufanos reverberan
 » En el cerúleo espacio,
 » Son otros tantos soles,
 » O de animados fuegos viva imágen?
 » Quizás también el proceloso Océano
 » Al herir su ribera,
 » Lleve rodando en la rugiente ola
 » Algun alma irritada;
 » Quizás también el aire embalsamado
 » Es del cielo un espíritu flotante;
 » Quizás el claro día,
 » Es un ojo que esparce su luz pura;
 » Y la noche tal vez una belleza
 » Que ha velado su párpado oficiosa;
 » En el cielo, en la tierra, en todas partes
 » Está la inteligencia;
 » Todo vive, y es Dios cuanto miramos.

» Crédito dad á cuanto aquí aseguro.
 » Mi voz, caros amigos, ya se apaga.
 » Sin duda mas allá de lo que vemos,
 » Hay bajo la natura,
 » En lo interior de la celeste esfera,
 » Cierta simbolo oscuro y misterioso,
 » Que la razon aplaude,
 » Que solo ve la fé que es luz del alma!
 » Es de la eternidad contemporáneo;
 » Cual infinito grande;
 » Solo cual la unidad; nadie le nombra;
 » Siempre será impalpable á los sentidos;
 » Su primer atributo
 » Es ser incomprendible;
 » En los lugares, tiempos, hoy, mañana,
 » Bajemos ó subamos,
 » A su imperio eternal pertenecemos.
 » Caanto veis es su Todo-poderoso;
 » Todo cuanto pensamos,
 » Es su sublime esencia,
 » Es la fuerza, el amor... creador de todo,
 » El Dios de nuestros dioses;
 » ¡Es el único Dios, es el Dios mío!...»

Un rumor interrumpe su discurso;
 Tranquilo escucha el sabio;
 Nosotros á Occidente
 Dirigimos la vista tristemente.
 Era la luz del día
 Que de la esfera azul desaparecía.

» Pero al volver los ojos
 El servidor injusto de los Once,
 En la copa de bronce
 Al sabio la ponzoña presentaba;
 Mas con frente serena
 Sócrates la tomó; cual don sagrado
 Con su mano la copa levantaba,
 Sin suspender por eso ni un momento

Su comenzada arenga;
Y antes de haber bebido la cicuta
Tranquilo terminó su pensamiento.

En los redondos flancos de la copa,
De cuyo seno inerte,
No saldría otra cosa que la muerte,
El artista grabó con diestra mano,
El misterioso arcano
De la historia de Psiquis, para el alma
De la inmortalidad simbolo dulce;
Esculpida en marfil la mariposa,
Su trompa introduciendo
En las ondas mortales;
Sus alas desplegando,
De la copa fatal formaba el ansa,
Por sus parientes Psiquis,
Al amor entregada,
Dejando su soberbia residencia,
Va de una pompa fúnebre cercada,
A tentar cual la muerte,
De este divino enlace la existencia.
Luego sola y llorosa,
Sentada y con la frente en sus rodillas,
En áspero desierto espera ansiosa
De su esposo la próspera llegada;
Mas sensible á sus males
Céfiro embalsamado,
Cual divino deseo,
Que el cielo en el conflicto nos inspira,
Pasa leve y suspira,
Y las lágrimas seca de sus ojos...
Dormida la conduce hácia los cielos;
Su cabello en flotante movimiento,
Complacido y gozoso besa el viento.
Mas Céfiro sucumbe al peso grave,
Y blando lecho forma con sus brazos.
Hace que con su aliento broten flores,
De su poblada ceja,
Y celoso, al Amor, en dulces lazos
La devuelve, y llorando al fin se aleja.

Sobre rosas tendido
Amor estaba tierno y cariñoso,
Y á la tímida Psiquis abrazaba,
Quien de oculto temor sobrecogida
Las caricias de Amor volver no osaba,
Pues el celeste esposo
De su dulce consorte
Engañando la plácida ternura,
Inconstante y veloz del lecho huía,
A la primera luz del claro día.
Psiquis despues por un fugaz desseo,
En secreto se siente despertada,
Y del nocturno velo despojada,
La lámpara llevaba en una mano,
Y en la otra un puñal. Con fiero intento,
Sigilosa y temblando caminaba;
Temiendo ser oída.
Inclinóse hácia el lecho suspendida,
Y un grito inesperado,
Lanza al reconocer á su adorado.

No sabiendo que hacer teme intranquila
Y en su mano la lámpara vacía.

Mas del líquido ardiente,
Despréndese una gota,
Que cayó sobre el seno del amante,
Quien despertando con mirada errante,
En acero mortífero contempla,
Y la gota fatal que le abrasaba.
El Amor indignado se exaspera,
Y huye veloz á la celeste esfera.
De indiscreto deseo y delirante,
Es aqueste un emblema amenazante.

Sobre la tierra errante
A su jóven Amor la virgen llora
Antes que su miseria;
Pero Amor, de su llanto condolido,
De la diosa al error daba al olvido,
Y la dichosa Psiquis,
Por su celeste esposo perdonada,
En la mansion Olímpica encantada
Sobre los labios del Amor divino
El torrente libó de su destino;
Y entre ventura tanta
Con timidez al cielo se adelanta.

Mas la copa homicida
El filósofo eleva con su mano;
«Ofrezcamos al Dios de los humanos,
De la inmortalidad esta primicia.»
Esto dijo inclinando hácia la tierra
El caliz de la muerte;
Y á fin de compartir el néctar dulce,
Solo dos gotas derramó en el suelo,
Que á los dioses dedica en santo anhelo.
Y llevando á sus labios
Sin turbarse el mortífero breve,
Lentamente bebió grave y sereno;
Cual convidado que en festín ameno,
Antes de abandonarle al ciclo invoca,
Y el resto apura que dejó en la copa.
Sobre el lecho de muerte, ya tendido
Prosigue su discurso interrumpido.

«En los dioses fijemos la esperanza,
La llama del amor alimentemos
En nuestros corazones,
Que el amor es el vinculo sagrado
En circunstancias tales,
De los dioses del cielo y los mortales,
Con el temor sus aras profanamos...
Cuando aparece la señal dichosa
De la muerte veloz que nos alcanza,
Emprendamos con júbilo no usado
El vuelo salvador de la esperanza.
Huya el fúnebre adios de los dolores,
Y suba hácia los cielos,

«Coronada la víctima de flores.
—
Levantad esas frentes que al espanto
Palidecen y quedan aterradas;
Y jamás preguntéis si mi osamenta
Merece sepultarse.
¿Qué importa que esa frágil vestimenta
Para gusanos sirva de alimento?
De varios elementos
Aqueste cuerpo vil está formado.
No soy mas que una ola de los mares,
Leve hojarasca carcomida y fea
Con que aquilon sañudo juguetea;
Un átomo flotante,
Que el fuego de la hoguera al aire exhala
Grano de arena errante,
Que en tierra movediza
La planta del viagero pulveriza.

Mas á esta tierra ingrata
Solo dejo al partir un noble resto
De lo que fué el filósofo de Atenas.
Dejo á Platon mi genio,
A vosotros os dejo mis virtudes
A Mérito mi vida,
Y á los dioses mi alma!...»

Como el triste suspiro de las olas
Se mezcla con el canto del marino,
Una fúnebre queja se asomaba
Mientras tanto que Sócrates hablaba.
Era Mirto (1) llamando á su consorte,
Reclamando cuitada y dolorida
De su esposo la eterna despedida.
El paso incierto, la vista estraviada,
La infeliz presentóse acompañada
De sus hijos que marchan á su lado.
Con su cabello enjuga el triste lloro...
El dolor marchitó sus atractivos...
Clama al ver de su esposo el triste aspecto...
Mas Sócrates recibe entre sus brazos
A sus hijos queridos,
Y en tan estrechos lazos,
Sus húmedas mejillas les besaba,
Y ofreciendo ambas prendas á los dioses,
Al cielo la mirada dirigía,
Y con acento humilde esto decia:
«Su padre fui en la tierra;
Dignamente pagais tantos desvelos,
Si vosotros lo sois desde los cielos...»

Tero ya por sus venas circulaba
El tósigo fatal que le envenena,
Y de su vida el curso ya encadena:

(1) Sócrates tuvo dos mugeres, Xantipa y Mirto.

Sus miembros contraídos,
Sin fuerza y sin color aparecian.
Vanamente Fedon besó sus plantas,
Ni vivifica con su aliento ardiente,
La helada palidez de su alba frente.

Era ya de la muerte
La amarillez sublime y magestuosa
El rayo precursor de la otra vida
Que con su luz dudosa
Con la mansion eterna nos convida
El cielo ha pronunciado la sentencia...
Y apagóse el raudal de su elocuencia.

Mas con frases, despues entrecortadas,
Esto dijo el sublime moribundo;
«Oráculos, callad, de la sapiencia
Huya la vana luz con que alumbraba
Con su reflejo débil la conciencia;
De la verdad temed la fiel presencia.
Esperad en los siglos venideros;
Que su divino rayo nos indique
De la virtud los únicos senderos.
Sucumba desde ahora
El fantasma impostor que el mundo adora.

...
Pero el secreto velo se descubre
Y escucho una dulcísima armonía...
...
¿Quién eres, pues, imagen misteriosa,
Que la cara velaste ante mis ojos,
Y á las puertas del cielo me conduces?...

Ya se siente su aliento comprimido,
Ya se turba el cansado pensamiento,
Que espira entre sus labios.
El intrépido Cebes ya se inclina
Sobre el inerte cuerpo de su amigo
Conociendo en sus ojos macilentos,
Que el alma se evapora,
Le pregunta á las puertas de la muerte:
— ¿Duermes tal vez, amigo?
— Comienzo á despertar, responde el sábio
— De una fúnebre sombra estás cubierto.
— Yo miro aparecer sereno un día
De las tinieblas de la noche umbría.
— ¿Escuchas voces, gritos y gemidos?
— ¡Resonar oigo un nombre en mis oídos!
— ¿No nos engañas?— ¡Nunca!
El alma es inmortal, como os decia.
— De este mundo imperfecto, esperas algo?
— Cual la nave que el áncora levanta,

»El empuje del viento solamente.
 —» ¿De dónde ha de venir?—Del cielo, Cebes.
 —» Una palabra mas.—Tan solo anhelo,
 »Que al fin el alma en paz suba hasta el cielo!»

Y sus ojos cerró por vez postrera.
 «¡Los dioses me han salvado de la vial...»
 Y un suspiro escapóse de sus labios.

Su cabeza cayó sobre su pecho,
 Como la débil flor que el aire inclina;
 Y cuando la mirada
 De la naciente aurora,
 Disipando las sombras que colora,
 Como faro encendido en lontananza,
 Vino á dorar su frente,
 Nos pareció que Venus con su duelo,
 Para llorar también sobre su tumba
 Descendía del cielo

En derredor del sábio, ni un suspiro
 Se escuchó que turbara su agonía.
 Si esto, morir se llama,
 Sócrates de este modo sucumbía!

Con efecto, así murió Sócrates.

«Todos aquellos, dice Jenofonte, su historiador y su discípulo, que conocieron á Sócrates, le lloran todavía, porque encontraban en él los auxilios mas poderosos para la investigación de la virtud. Yo le conocí perfectamente; le he pintado aquí tal como le vi: tan piadoso, que no se determinaba á emprender nada sin haber interrogado primero á su conciencia; á la que llamaba su genio, el aviso del cielo; tan justo que jamás hizo daño á nadie, si no que por el contrario, hacia bien á los que á él se acercaban; tan atemperado, que prefería siempre lo que era mas honesto á lo que era mas agradable; tan infalible en la prudencia, que nunca se equivocaba entre el bueno y el mal partido. Tal verdaderamente me ha parecido Sócrates, es decir, el mejor, y por lo tanto, el mas feliz de los mortales.»

XVI.

En cuanto á nosotros, admirando con Jenofonte la sabiduría del filósofo de Grecia, no po-

demos prescindir de preferir á él mil veces, á los sábios mas divinos de la India, de la China, y sobre todo, de la revelacion cristiana.

La sabiduría de Sócrates, no es mas que inteligencia, y no amor solamente. Piensa bien, pero no tiene la suficiente abnegacion. El sacrificio, complemento de toda virtud, y premio de toda verdad, falta en Sócrates, á pesar de su suplicio político y de ningun modo religioso. Es sábio, pero no es un mártir; se acomoda con las costumbres, con las creencias, y hasta con los vicios decentes de su época y de su país. Da consejos muy espirituales y muy hábiles de virtud á los que se los piden; pero tambien da vicios á los jóvenes y á las cortesanas. Cree en un Dios único, inteligencia y providencia de los mundos, y adora en público divindades carnales y múltiples formadas á imágen del hombre. Muere bien, pero muere por él mismo, tanto como por la verdad. Su misma muerte es, una buena fortuna de su destino que acoge como hombre de soberana inteligencia. «Soy viejo, dice á Jenofonte, la hora de morir es oportuna.»

Sócrates revela poca ternura por el género humano, hasta por su muger y sus hijos; siempre es mas hombre de talento que de abnegacion hácia sus semejantes. Sus conversaciones, por sublimes que sean por el momento, atestiguan aquella falta de caridad divina en su naturaleza y en su sabiduría. Rie algunas veces, se mofa muy á menudo y se chancea siempre. La ironía, que ofende á la verdad misma, es la forma perpétua de sus diálogos; procede por medio de interrogaciones capciosas, como para obligar á su interlocutor á guardar silencio y á que se corte; camina de rodeo en rodeo ocultándole con arte el objeto á donde quiere conducirlo, y coge por fin á su antagonista por sus propias confesiones, como pudiera cazarse una verdad por medio de un lazo.

Es constantemente dado á los epilogos y casi nunca lírico.

De todo esto deducimos que Sócrates no fué ni el mas sábio, ni el mas virtuoso, ni el mas religioso de los filósofos de la antigüedad, sino que fué el mas espiritual y el mas amable de los hombres honrados de Atenas; que supo pensar bien, hablar bien, morir bien, pero que supo igualmente vivir bien, y que en una palabra, tuvo á nuestro juicio, demasiada prudencia en su sabiduría y demasiada habilidad en su virtud.

La caridad no había aun nacido en el mundo.

Traducción de I. A. BERNÉJO.

HORACIO NELSON.

PRIMERA PARTE.

I.

El héroe, cuya historia vamos á referir, es inglés; ha alcanzado las victorias navales mas memorables de los tiempos modernos sobre nuestros aliados y contra la Francia misma: no por esto tributaremos menor justicia á su intrepidez y á sus heroicas acciones. El historiador tiene patriotismo: esa historia universal no debe tenerlo. Precisamente porque es universal debe ser imparcial en la retribucion del mérito y de la gloria que los hombres célebres de todas las naciones, se han adquirido al través de los siglos.

No hace excepcion, ni de causa, ni de nacimiento, ni de patria, y contempla solo el genio, el heroísmo y la virtud: escrita en provecho y para gloria de la humanidad entera, considera como el engrandecimiento de la civilizacion todo lo que engrandece por do quiera la especie humana. Las rivalidades de patria desaparecen á sus ojos, desde la altura en que ella contempla los acontecimientos y los personajes. Annibal, el héroe de Cartago, no la parece menos histórico, ni menos grande que Scipion, el héroe de Roma. Los dos son hombres y esto la basta: los pinta con el mismo pincel, adopta con el mismo orgullo sus hazañas para admiracion de los siglos. La gloria es como la verdad, no tiene fronteras: alumbra sirviendo de fanal á todos, y porque Newton descubre en Inglaterra la ley mecánica de los mundos, no se condena la Francia á rechazar este descubrimiento como una verdad antinacional. Newton, á sus ojos no es un enemigo,

es un compatriota, es un revelado del género humano. Lo que es verdad, tratándose de un descubrimiento científico, lo es tambien cuando se trata del heroísmo: se le reconoce bajo todas las banderas, y se le pinta allí donde se encuentra. El amor propio, estrecho de nacionalidad, puede affigirse por ello; el grande amor de la especie humana se glorifica. Allá para la posteridad no hay ya ni compatriotas ni extranjeros, ni amigos ni enemigos, ni vencedores ni vencidos, no hay mas que obras y hazañas. La muerte nacionaliza de igual manera á todo el mundo en la misma inmortalidad.

Estas consideraciones sobre el objeto y el espíritu de este retrato, nos han parecido necesarias en los momentos en que vamos á pintar la vida de un enemigo que recuerda dolorosamente á nuestros corazones. *Aboukir* y *Trafalgar*, esos dos WATERLOOS de los mares, donde pereció la marina francesa, pero donde se engrandeció su constancia, su valor y su nombre.

II.

De todos los grandes hombres de guerra que han brillado en las luchas de pueblo á pueblo, los que mas nos han interesado y fascinado siempre, son los héroes del mar. La inmensidad, el poder, la movilidad, el terror del elemento sobre el cual combaten, parecen elevarlos por encima de la humanidad. No es esta una vana ilusion de la imaginacion, es una apreciacion justa de su gloria. La diversidad y la grandeza de las facultades naturales ó adquiridas que es preciso reunir en un mismo hombre para hacer de él un héroe en los mares, asusta el ánimo y hace imposible el paralelo del marino perfecto con el hombre de guerra ordinario.